

Juan Domingo Argüelles

SI QUIERES... LEE



**Contra la obligación de leer
y otras utopías lectoras**

fórcola

SI QUIERES... LEE



Juan Domingo Argüelles

SI QUIERES... LEE

**Contra la obligación de leer
y otras utopías lectoras**

fórcola

Señales

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: portland & gozzer

Maquetación y corrección: Susana Pulido

Detalle de cubierta:

Señal norteamericana de aviso. Biblioteca en la zona

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Domingo Argüelles, 2009

© Fórcola Ediciones, 2009

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

forcola.ediciones@telefonica.net

Depósito legal: M-39485-2009

ISBN: 978-84-936321-1-3 [edición impresa]

ISBN: 978-84-936321-7-5 [edición digital (pdf)]

Imprime: Elece Industria Gráfica, S. L.

Encuadernación: Moen, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

*Para Rosy, Claudina y Juan,
mis seres necesarios, en el placer de leer
y en el perfecto ímpetu de la imperfección de vivir*

Este libro va destinado a lectores tranquilos, a seres que todavía no se dejen arrastrar por la prisa vertiginosa de nuestra rimbombante época, y que todavía no experimenten un placer idólatra al verse machacados por sus ruedas... o sea, ¡a pocos lectores!

Por otro lado, esos seres no pueden acostumbrarse a establecer el valor de todas las cosas en función del ahorro o de la pérdida de tiempo; esos seres todavía tienen tiempo: todavía les está permitido recoger y escoger, sin deber censurarse a sí mismos, las horas buenas de la jornada y sus momentos fecundos y vigorosos, para reflexionar sobre el futuro de nuestra cultura. Esos seres pueden también pensar que han pasado su jornada de modo verdaderamente provechoso y digno, es decir, en la *meditatio generis futuri*. Un hombre así no ha olvidado todavía pensar, cuando lee, conoce todavía el secreto de leer entre líneas; más aún: tiene una naturaleza tan pródiga, que sigue reflexionando sobre lo que ha leído, tal vez mucho después de haber dejado el libro. Y todo eso, no para escribir una reseña u otro libro, sino simplemente por el placer de reflexionar.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
Sobre el porvenir de nuestras escuelas

El placer de leer y las utopías lectoras en el siglo XXI

TODA UTOPIA que se cumple deja de ser utopía. Esto es tan cierto e irrefutable que lo sabía, desde tiempos inmemoriales, Perogrullo, el más lógico de todos los filósofos y padre del sentido común. Si la utopía se cumple es que entonces no lo era, es decir, nunca lo fue.

El lexicógrafo Guido Gómez de Silva nos ilustra sobre esto en su *Breve diccionario etimológico de la lengua española*: «Utopía: plan halagüeño, pero irrealizable». Literalmente: el lugar que no existe, el no lugar. Luego, entonces, por definición, las utopías nunca se realizan. Tal es su razón de ser: jamás cumplirse.

Sin embargo, el espíritu *noble* de las nobles utopías está en sus formulaciones, anhelos y aspiraciones: en lo que deseamos que *sea*, aunque sepamos que nunca será. Ello sin olvidar, ni por un momento, que no todas las utopías son nobles o que las más de las utopías son innobles. Pensemos, como ejemplos irrefutables, en las utopías ideológicas sangrientas de Hitler y Stalin, cuyos extremos se tocan.

En relación con la utopía de la lectura, es decir con las utopías culturales que anhelan países lectores y, con ello, un mundo dedicado por entero a la lectura, se me podrá juzgar de pesimista y aun de fatalista, pero no de nihilista del libro, pues asumo la lectura como uno de los pocos vicios nobles que podemos oponer a los muchos vicios innobles en un tiempo en el que la nobleza de aspiraciones se ha convertido tan sólo en *un discurso más*.

10 Soy realista y creo en *lo posible*. Soy racional apasionado y no me empeño en *lo imposible*, pero me gusta pensar que algunas cosas que creemos realizables, bellas y buenas, pueden alcanzar un punto de concreción (sin quimeras fantasmales), en tanto no nos alistemos en las filas del fanatismo. La libertad de cada quien es lo principal, por muy nobles que nos parezcan ciertos quehaceres deleitosos, por mucho que creamos que todos los seres humanos serían *mejores* si leyeran libros.

Cada vez que leo, escribo, escucho, o pienso simplemente en este superlativo (*mejor/mejores*) que —como lo define el diccionario— tiene que ver con «lo superior a otra cosa y que la excede en una cualidad natural o moral», me pregunto sin afán de retórica: ¿en qué sentido somos *mejores* los que leemos libros, respecto a los que no los leen? Sería bueno tratar de saberlo, desde el asidero de la realidad, lejos de las abstracciones y absolutamente muy lejos de los lemas y eslóganes efectistas y muchas veces equívocos cuando no injustos y despreciativos, precisamente por su afán retórico.

¿Qué se quiere decir con eso de «Leer es estar vivo»?; ¿qué debemos entender con eso de «Ojos que no leen, corazón que no siente»? Más respeto, por favor, a los campesinos iletrados, y a los ciegos y débiles visuales. Además, hay algo que sabemos, perfectamente, si somos observadores: cuántos lectores y autores no hay que pueden ser muy buenos, *técnicamente*, y, al mismo tiempo, malísimas personas, pésimos individuos: malvados, ruines, bribones, odiosos, viles, infames, vanidosos, soberbios, egoístas, arribistas, mafiosos, fastidiosos y nefastos; eso sí, muy leídos. Así como las iglesias están llenas de los peores pecadores, algunas de las personas menos nobles, desde el punto de vista ético, frecuentan las librerías. El problema de la deshumanización no reside exclusivamente en la falta de la lectura de libros. No es un problema de lectura; es un asunto de humanidad.

En relación con las aspiraciones ingenuamente «inteligentes», candorosamente «sabias», inocentemente «incontestables», por indiscutiblemente positivas, yo ya estoy de regreso. (Quien tenga algún interés puede constatarlo en mi *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura*, que trata ampliamente esta cuestión.) No soy un desilusionado de la promoción y el fomento de la lectura; lo que me decepciona es que muchas campañas y programas de lectura nada tengan que ver con la realidad real y sí mucho con lo ilusorio.

11

Voy a decirlo del siguiente modo, muy simple, para que se me entienda: en cualquiera de nuestros países (trátese de España, Argentina, México, Venezuela, Colombia, etcétera) se lee mucho más de lo que las estadísticas dicen porque, en su afán de documentar catástrofes, las interpretaciones estadísticas exageran lo mal que estamos y lo bien que podríamos estar. Esto es porque las malas noticias se venden mejor, y los medios parecen exclamar a coro y con absurda pero redituable paradoja: «¡Albricias, malas noticias!».

La verdad es que, quienes frecuentamos los libros, leemos lo que nos da la gana, lo que nos place y nos llena y lo que corresponde, de manera lógica, a nuestro contexto social, económico y cultural. A esta situación anárquica, complementada con un amplio margen de la población que no lee libros con frecuencia, se le denomina de unas décadas a la fecha el ¡Problema de la Lectura!, con las mayúsculas de rigor y con los escandalosos signos de admiración, como si se tratara de una pandemia semejante al sida o de un problema social equivalente al narcotráfico.

Cuando escuchamos discursar a los políticos y a no pocos funcionarios de diversos niveles y responsabilidad en los ámbitos de la educación y la cultura, podemos advertir que sus discursos están plagados de los previsibles y ennoblecidos lugares comunes (gastadísimos, gran-

dilocuentes y vanos) que sus asesores pescan aquí y allá, en las antologías de las frases célebres y los pensamientos nobles sobre la cultura escrita. Al oírlos hablar, tenemos derecho a sospechar que no saben de lo que están hablando; por una sencillísima razón: no leen libros en gran medida porque no saben leer, tampoco, los problemas mismos de la realidad.

12 Muchos ni siquiera tendrían derecho a hablar del libro y la lectura en nombre de nadie, si ellos mismos no son lectores. No deberían hablar de lo que no saben, de lo que no hacen, del vicio impune que no gozan. Que opinen los que leen. Si nuestros deseos fuesen más inteligentes, racionales y sensatos, nuestras ilusiones serían menos y también menos obstinadas y menos frustrantes.

Lo que desagrade de los moralizadores del libro, el saber, el conocimiento, la virtud, etcétera, es que vivan, *literalmente*, para imponer su moral y su religión. No me gustan los hinchas del libro, los fanáticos de la lectura, porque a veces me parecen más tolerables y tolerantes los hinchas del fútbol: al menos, no te obligan a ver un partido, a diferencia de los fanáticos de la lectura que quieren obligarte todo el tiempo a tragarte un libro.

Los hinchas del libro son, en general, como los santones, como los gurús intelectuales y los políticos proselitistas (¿y qué político no es tal?). Seguros de sus convicciones (¿deberíamos decir *convictos* por *fanáticos*?), quieren que todo el mundo sea como ellos, porque ellos *se saben perfectos*. Se sienten Dios y desean formar a todos a su imagen y semejanza. ¡Qué aburrimiento! Que cada quien lea lo que le dé la gana y si, como promotores o mediadores, tenemos la humildad de no estorbar sino de alentar este proceso y este impulso en los demás, entonces podremos ver que, en los países de habla española, hay más lectores que los que estiman las estadísticas oficiales y los discursos que se basan en esas estadísticas y proyecciones.

Si, sensatamente, acompañamos nuestras certidumbres de una buena ración de dudas, nuestro entusiasmo de un poco de escepticismo racional, tal vez podamos ayudar más y mejor a la promoción y al fomento del libro, que con todas nuestras obstinaciones repletas de dogmas y fanatismos culturalistas. Es cierto que sin certezas no podríamos actuar y viviríamos paralizados, pero también no es menos cierto que con sólo certezas, sin asomo de dudas, lo único que vemos es nuestra imagen en el reflejo del agua.

13

A lo largo de mi vida de lector, que suma ya más de cuatro décadas, con varios cientos de libros leídos y releídos y con un par de decenas de libros escritos, mi visión sobre la lectura, los lectores y los no lectores se ha ido modificando. Padebí alguna etapa dogmática y autosuficiente que sólo contribuyó a mi orgullosa pedantería de «buen lector inteligente», sin darme cuenta entonces que esa pedantería negaba mi presunta inteligencia. No se puede ser, al mismo tiempo, pedante e inteligente.

Con bastante frecuencia, entre las personas cultas se produce un fenómeno despótico: pensamos que los demás son tontos si no piensan como nosotros ni están convencidos de lo que para nosotros es ley. Puesto que nos creemos en posesión de la verdad y de la mejor forma de pensar y de actuar, creemos que los diferentes están absolutamente equivocados y que su equivocación nos daña en lo personal y daña al mundo en general. Nos tomamos demasiado en serio al grado de ser crédulos de nosotros mismos.

Bertrand Russell afirmó que «el hombre es un animal crédulo y debe creer en algo», pero que «a falta de una buena base en la que creer, se conformará con una mala». Tendría mucho sentido reflexionar sensatamente y sin dogmatismos, aunque sea un momento, en esta frase que a Russell le llevó toda una vida de reflexión apasionada. Quizá nuestra visión se ampliaría y podríamos entender

que, en el fenómeno de la lectura, la conclusión del psiquiatra Thomas Lewis es de una claridad que no siempre alcanzan los profesionales del libro: «Todo libro cobra vida en ese lugar luminoso en el que las mentes se cruzan y los corazones se encuentran». Es una definición maravillosa y deslumbrante que no alude, para nada, a la lectura del libro como obligación social o individual, sino como acto libre y como encuentro amoroso.

14

En cuestión de fanatismos incluso muy extremos, Umberto Eco ha dicho que él no odia el fútbol, sino a los apasionados del fútbol que no comprenden, o no quieren comprender, que puedes ser apasionado en lo que te dé la gana a condición de no incordiar a los demás con tus pasiones. Eco aclara: «No amo al hincha porque tiene una extraña característica: no entiende por qué tú no lo eres, e insiste en hablar contigo como si tú lo fueras». Los hinchas del fútbol tendrían razón en enfadarse si todo el tiempo estuviéramos incordiándolos para que sean como nosotros: hinchas del libro. Que lean lo que quieran y cuando quieran, y si no quieren leer que no lean. Lo único sensato y noble que podemos hacer es estar ahí, cordiales y sin moralizaciones ni imposiciones, cuando decidan probar a qué sabe la lectura.

Es verdad que sin pasión las cosas no serían ni tan buenas ni tan gozosas, ni tan ociosamente gratuitas como casi todas las pasiones son, pero incluso en la pasión, como decía Montaigne, bien vale moderarse, pues hasta las pasiones muy nobles, cuando se exageran, nos conducen sin atajos al infernal cielo perfecto de los fanáticos: esos que te critican y te censuran y te molestan y te incordian todo el tiempo no sólo porque no lees, sino, *sobre todo*, porque no lees lo que ellos leen.

Estos fanáticos tienen una idea extrañamente contradictoria: son exquisitos elitistas que se enfadan porque los demás leen *basura*, así dicen (*y conste que todo lo que ellos no leen es basura*), y montan en cólera porque, según

dicen también, desean que *todos* (*absolutamente todos*) sean lectores como ellos. O sea: exquisitos, elitistas, desdénosos, aburridos, etcétera, como ellos. Por supuesto, esto último no lo dicen, pero lo denotan.

¿De qué modo comprender esto, que es una aberración y un sinsentido? Sólo de un modo: no son felices con lo que hacen y, como no lo son, quieren que los demás sean tan infelices como ellos. Es así como entienden la democracia. Pienso que no deberíamos tomarlos demasiado en serio; démosles la espalda de la manera más pacífica, y leamos lo que nos venga en gana, sin tener que dar explicaciones a nadie.

15

Tiene razón Umberto Eco: el fanatismo es como la úlcera: ataca tanto al rico como al pobre, y lo mismo al «ignorante» que al «sabio». Por ello, dice, «es curioso que criaturas tan adamantinamente convencidas de que todos los hombres son iguales, luego estén dispuestas a abrirle la cabeza al hincha de la otra provincia»: al que no grita como ellos ni por lo que ellos gritan, y, en este símil, al que no lee como ellos ni por lo que ellos leen. Dejémosnos de tales barbaridades incultas aunque las veamos envueltas en un manto de nobleza. Mucho ganaríamos si, además del analfabetismo funcional, combatiéramos con igual énfasis el analfabetismo moral, ético e intelectual que, con bastante frecuencia, es independiente de la lectura de libros, y de la educación y la escolarización siempre o casi siempre asociadas al deber de leer.

Me temo que, respecto a esta visión culturalista y a la vez miope de las cosas, hay una confusión entre *leer* y *estudiar*; una confusión que, como ha dicho Fernando Savater, se ha vuelto común, en gran parte alentada por las campañas pedagógicas bienintencionadas y las campañas y programas de lectura obcecados cuando no fanatizados. No es lo mismo leer que estudiar, y precisamente porque leer es un acto libre que no admite el imperativo, hay que devolverle a esta acción su verdadero

carácter de ocio creador y gratuidad placentera. «Si quieres... lee» no es lo mismo que «¡Lee, jumento, por el amor de Dios!».

16 Explica Fernando Savater en su *Diccionario filosófico*: «Vivimos entre alarmantes estadísticas sobre la decadencia de los libros y exhortaciones enfáticas a la lectura, destinadas casi siempre a los más jóvenes. Hay que leer para abrirse al mundo, para hacernos más humanos, para aprender lo desconocido, para aumentar nuestro espíritu crítico, para no dejarnos entontecer por la televisión, para mejor distinguirnos de los chimpancés, que tanto se nos parecen. Conozco todos los argumentos porque los he utilizado ante públicos diversos: no suelo negarme cuando me requieren para campañas de promoción de la lectura. Sin embargo, realizo tales arengas con un remusguillo en lo hondo de mala conciencia. Son demasiado sensatas, razonan en exceso la predilección fulminante que hace ya tanto encaminó mi vida: convierten en propaganda de un *master* lo que sé por experiencia propia que constituye un destino, excluyente, absorbente y fatal».

No pocos promotores y no pocas promotoras de la lectura, con arrebatada vehemencia (así de pleonástica), hablan casi del fin del mundo y de la extinción de la especie si no conseguimos que el planeta entero lea y lea y lea. Actúan en realidad con la mala conciencia del rico que piensa que alguna labor social debe hacer para atenuar un poco su culpa de ser rico en medio de tanta pobreza.

Los lectores misioneros piensan que nadie puede estar completo –como ellos, que se sienten íntegros– si no posee el hábito probado y declarado (ávido, voraz) de la lectura de libros, y no de libros *comunes*, sino de libros *buenos, excelsos, extraordinarios*, como los que ellos mismos leen, por supuesto; «lectura de calidad», para hacer seres humanos perfectos. No son simples lectores satisfechos o aun felices con lo que leen: son, literalmente, los cruzados de la lectura. Y ahí donde la certeza se vuelve

religión, nace el dogma que, para imponerse, no duda ni un instante en descalabrar a algunos. «Todas las religiones tienen olor a muerto», escribió el poeta Armando Tejada Gómez.

Los cruzados de la lectura tornan su misionerismo en una batalla religiosa: convertir infieles, acabar con los herejes, con los no bautizados en las aguas de las fuentes librescas. Y nada hay más peligroso que hacer del verbo leer un imperativo bíblico que, en este caso, lo es independientemente del pretendido laicismo y la declarada buena voluntad de «compartir», verbo este que se convierte, aun inconscientemente, en homilía y oficio divino: impartir doctrina (rollo libresco) y dar la comunión, repartir hostias (los libros), para la salvación del espíritu.

¿Por qué no podemos ser un poco más cordiales y un poquito, aunque sea un poquito, más humildes, en nuestros esfuerzos proselitistas? Si el afán de promover y fomentar la lectura de libros se convierte en religión, en eucaristía, acabaremos imponiendo generalizaciones y dogmas, porque nuestros deseos no siempre se acomodan a la realidad. La gente es diversa y tiene gustos y preferencias múltiples y, a veces, excluyentes, que no siempre desembocan ni tienen que desembocar, forzosamente, en los libros.

En nuestro siglo XXI hablamos todo el tiempo de «tolerancia» e intuimos o sabemos qué es, pero con mucha frecuencia no nos importa en absoluto; lo que de veras nos interesa es imponer «el bien» a los demás, para que sean tan «buenos» y tan «nobles» como nosotros. Voy al librero, tomo el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, lo abro y leo la segunda acepción de *tolerancia*: «respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias». Está bien; es una definición muy general que todo el mundo puede comprender, aunque, como es habitual en los diccionarios, haya necesidad referencial de los otros térmi-

nos que involucra la definición. Regreso unas páginas y encuentro la segunda acepción del término *respeto*: «miramiento, consideración, deferencia». Toleramos si respetamos y respetamos si toleramos.

18 Los tratados, manuales y diccionarios de sociología, psicología y filosofía son, por supuesto, más abundantes y detallistas en este punto, porque hay autores que han escrito libros enteros sobre la tolerancia, pero a veces es la intuición de los poetas la que nos ofrece mejores y más sencillas definiciones. En un muy bello poema («Página blanca»), Ernesto Mejía Sánchez nos da la clave para entender mucho mejor las nociones de tolerancia, respeto y libertad: «Nadie merece lo que no puede dar».

El pensador francés Alain (Émile Chartier) dijo algo extraordinario que, profundamente meditado, nos puede servir para desterrar de nuestra cabeza convicciones fanáticas: «Nada hay más peligroso que una idea cuando no se tiene más que una idea».

He escuchado con paciencia y —lo confieso— a veces con un poco de impaciencia, preocupación e inquietud, a los profetas del libro de una sola idea: vehementes y compulsivos promotores que pugnan por una especie de fundamentalismo libresco, que presume sus logros en esta sagrada misión de salvar el espíritu de muchos descarriados: esos muchos infieles (que, a decir verdad, nunca son muchos) hoy conversos que, por esta gracia divina de transformación, son por supuesto «mejores» y quizá «perfectos», merced al hábito febril de la lectura de libros. Ni más ni menos.

Quienes pugnan, sin relatividades, por una neurosis colectiva a favor casi exclusivo de la lectura, ignoran que no todo está en los libros; que hay muchas cosas, en el cielo y en la tierra, más allá de la bibliografía. En *Un arte de vivir*, André Maurois describió un tipo de lector que, aunque devore muchísimos libros (uno tras otro sin canso), muy poco o nada bueno saca de ellos. Tan sólo lee

para escapar de la realidad y huir de sus propios pensamientos. Explica Maurois:

La lectura-vicio es propia de los seres que encuentran en ella una especie de opio y se libertan del mundo real hundiéndose en un mundo imaginario. Estos no pueden estar un minuto sin leer; todo es bueno para ellos; abrirán al azar una enciclopedia, y leerán un artículo sobre la técnica de la acuarela con la misma voracidad que un texto sobre las máquinas de vapor. Si se quedan solos en una habitación, irán derecho a la mesa en que se hallan las revistas y los periódicos y atacarán una columna cualquiera, por la mitad, antes que librarse por un solo instante a sus propios pensamientos. En la lectura no buscan ni ideas ni hechos, sino ese desfile continuo de palabras que les oculta el mundo y su alma. De lo que han leído retienen poco con sustantiva médula; entre las fuentes de información, no establecen ninguna jerarquía de valores. La lectura practicada por ellos, es totalmente pasiva; soportan los textos; no los interpretan; no les hacen sitio en su espíritu, no los asimilan.

19

Mucho se habla del «hábito de la lectura», como algo no sólo deseable sino imperioso. Sin embargo, todos sabemos, desde hace muchos siglos, que «el hábito no hace al monje». Esto nos podría llevar a pensar, con un poco de lógica, que el hábito tampoco hace, necesariamente, al lector.

En su *Diccionario de refranes, dichos y proverbios*, Luis Junceda explica que ese famoso refrán «enseña que el exterior muchas veces no se corresponde con el interior», y similar es la explicación que ofrece José Bergua en su *Refranero español*: «Dícese cuando no corresponde lo íntimo de las personas a su forma exterior». María Moliner, en su *Diccionario de uso del español* nos da prácticamente la misma interpretación: «Frase con que se expresa

que no siempre corresponde la apariencia, particularmente de las personas, o su traje, a lo que son en realidad».

Por su parte, en sus *Refranes populares de México*, Guadalupe Appendini aporta una variante local al ya anti-quisísimo refrán: «El hábito no hace al monje, pero mucho le ayuda»; variante que, por lo visto, tiene un propósito cínico: no se es realmente lo que se aparenta, pero esa apariencia puede ayudar muchísimo al engaño.

20

Sea como fuere, cuando hablamos de «hábito», y le damos siempre a este una carga afirmativa o positiva, estamos cometiendo una equivocación. Los hábitos no siempre son positivos ni siempre son deseables ni deseados. Por ello, a mi juicio, más que hablar de la necesidad de propiciar y fomentar un «hábito de la lectura», sería mucho mejor y más razonable facilitar y promover una «afición» por los libros y la lectura. La afición (o, dicho con un anglicismo, el *hobby*) sí tiene, sin duda, un valor positivo porque se realiza con satisfacción, con gusto, con placer.

El mismo Jorge Luis Borges —lector libresco por excelencia y santo patrono de los lectores selectos y selectivos— recibió de su padre un consejo a todas luces sensato y cordial. Refiere: «Mi padre tenía una vasta biblioteca, sobre todo de libros ingleses, y me dijo que yo eligiera lo que quisiera, que no iba a recomendarme nada, que si un libro me resultaba tedioso lo dejara». A diferencia del padre de Borges, son muchos los promotores de la lectura que lo que recomiendan es el hábito y la disciplina a rajatabla: terminar un libro, cueste lo que cueste, aunque nos hunda en el más infernal aburrimiento.

Hábitos hay muchos, pero no todos se gozan. He aquí un ejemplo burdo: programar el despertador a las cinco treinta de la mañana, para levantarnos a una hora temprana y empezar los deberes diarios. Es un hábito útil, pero no necesariamente placentero. Cuando de lectura autónoma se trata no vale aquello de que la letra con sangre

entra, pues si leer es sufrir en vez de gozar, nunca nos aficionaremos a los libros.

Leer libros es más una vocación y, con ello, una feliz disposición (porque estamos *dispuestos* a hacerlo) que una obligación que deba crearse (desde fuera) por urgencia y utilidad. En su segunda acepción (que es la que nos interesa), el *Diccionario* de la RAE define «hábito» como el «modo especial de proceder o conducirse adquirido por repetición de actos iguales o semejantes, u originado por tendencias instintivas». Incluso los animales tienen hábitos.

21

María Moliner define el hábito como «la particularidad del comportamiento de una persona o animal, que consiste en repetir una misma acción o en hacer cierta cosa siempre de la misma manera». Aclara que se llaman hábitos incluso a las costumbres más inconscientes, por lo que «no es frecuente aplicar a esta denominación calificaciones y valores morales». Lo mismo el que hace el mal que el que practica el bien cultivan y desarrollan sus propios hábitos.

En su *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Gómez de Silva nos informa que «hábito» (*habitus*) deriva del participio pasivo de *habere*, tener, poseer, y significa «costumbre, tendencia establecida, práctica normal; vestido, traje»; de ahí también «habitar», ocupar, tener posesión.

Ya sabemos, entonces, qué es un hábito. La afición, en cambio, es muy otra cosa. Tiene que ver con el afecto (latín, *affectio*): disposición de ánimo, sentimiento, inclinación. El aficionado es «el que gusta de». Por ello, el *Diccionario* de la RAE define el término «afición» como «inclinación, amor a alguien o algo» y, además, con «ahínco y empeño».

Ya Luis Arizaleta escribió todo un libro para debatir, muy inteligentemente, este tema: *La lectura, ¿afición o hábito?*, y creo que bien vale seguir este debate, pues a lo largo de casi todos los discursos sobre la lectura se habla

de privilegiar el «hábito de leer» sin entrar en consideraciones de qué significa esto. El hábito, como ya vimos, no siempre es grato, aunque sea necesario; la afición, en cambio, es algo que tiene que ver con el deseo y aun con el amor. ¿Qué queremos, entonces: habituados a la lectura o aficionados a leer? Siendo que muchas cosas se dan por sabidas, bastante ganaríamos con abrir lo más ampliamente esta reflexión.

22

¿Es el hábito el que hace al lector o es el lector el que se forma un hábito? Parece más bien lo segundo, y no se necesita tener un hábito de lectura para ser lector. Con la afición basta. Dejar a veces los hábitos es sin duda delicioso, porque no todos los hábitos nos placen. Cuando somos muy lectores, a veces dejar los libros por un momento o por un tiempo, para hacer otras cosas, es extraordinario. Fernando Pessoa, en su poema «Libertad», lo dice de manera espléndida:

*¡Ay, qué placer
no cumplir un deber!
¡Tener un libro que leer
y dejarlo de hacer!*

En el mismo poema, desacralizando al objeto libro y aligerando las intenciones pedagógicas de leer, Pessoa sentencia:

*El río fluye, bien o mal,
sin edición original.
Y la brisa
es tan naturalmente matinal
que como tiene tiempo nunca va de prisa...
Los libros son papeles pintados con tinta.*

Como epígrafe del poema, Pessoa anota entre paréntesis: «Falta una cita de Séneca». La cita que Pessoa dejó

pendiente para siempre se puede prestar a mil hipótesis, pero la siguiente reflexión de Séneca no estaría muy lejos del tono y la intención del poema «Libertad»: «No hay lugar tan estrecho donde no se pueda elevar el pensamiento al cielo», o bien: «Decir lo que sentimos; sentir lo que decimos: concordar las palabras con la vida».

Pessoa tenía muy claro que el objetivo de la lectura de libros no está en los libros mismos sino en la mente y en el sentimiento del lector (por eso los libros son, únicamente, «papeles pintados con tinta»). Así, en su célebre *Libro del desasosiego*, el poeta escribió: «Leo y me abandono, no a la lectura, sino a mí mismo». En estas mismas páginas aclaró: «Leo como quien pasa. [...] Nunca he podido leer un libro entregándome a él; siempre, a cada paso, el comentario de la inteligencia o de la imaginación me ha interrumpido la secuencia de la propia narrativa».

Y, la verdad, es que es este el modo de leer que todo libro nos exige: leer como quien pasa, meditando y sintiendo la múltiple realidad, siendo las páginas tan sólo un humilde pretexto para reflexionar y emocionarnos no por los libros sino por la vida: por la libertad de vivir. Por ello, debemos también comprender la frase extrema de Pessoa el pensador, que no necesariamente necesita libros para pensar, cuando afirma: «Detesto la lectura. Siento un tedio anticipado de las páginas desconocidas». Y esa misma sinceridad que lo hace decir: «Lo confieso sin rebozo ni vergüenza... No hay un fragmento de Chateaubriand o un canto de Lamartine que me embelese y me eleve». Y, en cuanto a la erudición, asegura preferir el «estilo humilde» que lo libera y lo hace adquirir objetividad de la realidad misma.

Explica: «Leo y soy liberado. Adquiero objetividad. Y lo que leo, en vez de ser un traje mío que apenas veo y a veces me pesa, es la gran claridad del mundo exterior, el sol que ve a todos, la luna que mancha de sombras al suelo quie-

to, los espacios anchos que terminan en el mar, la solidez negra de los árboles que hacen señas verdes arriba, la paz sólida en los estanques de las quintas, los caminos cubiertos por las viñas en los declives de las cuevas».

24 Exactamente es a esto a lo que se refiere Gabriel Zaid cuando, en *Los demasiados libros*, enfatiza: «¿Qué demonios importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros? Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa, después de leer. Si la calle y las nubes y la existencia de los otros tienen algo que decirnos. Si leer nos hace, físicamente, más reales».

Leer, como bien lo hace sentir Pessoa, no tiene que ser una rutina ni un hábito disciplinario. Leer es salir a la claridad, abandonar la estrechez de las páginas de un libro y, a partir del libro como pretexto, contemplar y recorrer los amplios espacios de una vida ancha que rebasa con mucho las palabras, los renglones, los párrafos, la mancha de tinta de esos papeles pintados. Leer como voluntad del pensamiento y la emoción: leer con todos los nervios y con todas las interrogaciones y las dudas del desasosiego. Eso es leer; no adorar los libros por ser libros (papeles pintados), sino porque son provocadores de todos nuestros sentidos.

Por ello no hay contradicción en Pessoa cuando afirma: «No conozco un placer como el de los libros, y leo poco». No es la cantidad de libros que se leen lo que nos amplía el mundo, sino cómo se leen esos libros y qué despiertan en nosotros. En otras palabras, leer libros para pensar y sentir más vivamente: pensar y sentir, lo que ya hacemos, *de todos modos*, sin libros.

La sabiduría no es exclusividad de los libros, por más que los eruditos y los pedagogos libresco sostengan lo contrario. Pessoa, el hombre que es muchos hombres y que escribe libros pero no es fanático libresco, afirma: «Un hombre puede, si posee verdadera sabiduría, disfrutar del espectáculo completo del mundo en una silla, sin

saber leer, sin hablar con nadie, sólo mediante el uso de los sentidos y el alma».

Los lectores asiduos, los lectores consumados, los lectores que a todos nuestros pensamientos y nuestros actos les buscamos su respectiva bibliografía, llegamos a creer, vanidosamente, que la vida sería insoportable si ya no pudiéramos leer libros. Esta idea es falsa. Podemos *soportar* la vida sin libros. Creemos que sería insoportable porque, como también dice Pessoa, «la vida es lo que hacemos de ella».

25

Lo que suele ocurrir es que, para mucha gente, los libros (esos papeles pintados) son sustitutos del pensamiento, en vez de ser potenciadores del mismo. Pessoa vuelve a tener razón en este respecto: «Si los hombres supiesen meditar el misterio de la vida, si supiesen sentir las mil complejidades que acechan al alma en cada pormenor de la acción, no actuarían nunca, incluso no vivirían. Se matarían de tan asustados, como los que se suicidan para no ser guillotinado al día siguiente». Por esto, con mucha frecuencia, los lectores se refugian en los libros, no para reflexionar, no para ampliar sus dudas, sino para escapar de la realidad. Mal cuento: la realidad siempre está ahí afuera, al despegar los ojos de los papeles pintados, y es, de todas formas, mucho más poderosa que el deseo.

Como advirtió Oscar Wilde, la mayoría de la gente es otra gente y, si no lo es, quiere ser otra gente, supone ser otra gente, y este deseo y esta suposición llevan a los individuos a engañarse constantemente sobre sí mismos y sobre el mundo que les rodea para poder soportar lo que, equivocadamente, consideran insoportable. Nada es insoportable hasta que ya no se soporta, y cuando ya no se soporta es porque ya no se siente, porque ya estamos muertos. La vida sin libros, aun para los lectores asiduos, es soportable. Si no, ¿de qué nos ha servido leer tantos libros si sólo somos capaces de la imaginación y la reflexión a partir de los papeles pintados?

No faltan los que dicen, exageradamente, que somos hijos de los libros. No es una mentira completa, pero, en cierto modo, es también una verdad a medias. Los libros son hijos del género humano: prolongaciones suyas, semillas latentes. Aumentamos nuestra vida con los libros, pero no nacemos gracias a los libros; los libros nacen, o reviven, gracias a nosotros, que los leemos. Las mitologías nobles acerca de los libros son hermosas, pero no siempre son fieles. Muchas veces creemos en lo que queremos creer, para no tener que responder a las dudas que la realidad nos entrega todos los días.

Hace ya varias décadas, desde 1923 al menos, el gran José Ortega y Gasset señaló que *el tema de nuestro tiempo* era, imperiosamente, el de la revitalización de la cultura; es decir, no sólo el hecho de hacer más dinámico el intercambio cultural, sino que, a contracorriente del culturalismo, hacer de la vida una experiencia satisfactoria que no se limitara al saber libresco sino, en general, al conocimiento, puesto que este fluye naturalmente en toda nuestra búsqueda existencial.

Decía Ortega, con no poca razón, que el culturalismo podía llegar a convertirse —en su extremo presuntamente laico— en una convicción religiosa, en un cristianismo sin Dios, y explicaba: «Ciencia, derecho, moral, arte, etcétera, son actividades originariamente vitales, magníficas y generosas emanaciones de la vida que el culturalismo no aprecia sino en la medida en que han sido de antemano desintegradas del proceso íntegro de la vitalidad que las engendra y nutre. Vida espiritual suele llamarse a la vida de cultura. No hay gran distancia entre ella y la *vita beata*. No goza, en rigor, de mayor inmanencia una que otra en el hecho histórico, actual que es siempre vida. Si se mira bien, pronto se advierte que la cultura no es nunca un hecho, una actualidad».

Por ello, por esta preocupación, escribió Ortega *El tema de nuestro tiempo*, y se esforzó después, cuando su

libro vio la luz en Alemania, en preparar un extenso y lúcido *Prólogo para alemanes* que se convirtió a la postre en una de sus más personales y profundas reflexiones en torno a la vida y a la cultura. Para él, los libros no podían ser, por sí mismos, la vida, pues como diría poco después, en *Misión del bibliotecario*, «la escritura, al fijar un decir, sólo puede conservar las palabras, pero no las intuiciones vivientes que integran su sentido. La situación vital donde brotaron se volatiliza inexorablemente: el tiempo, en su incesante galope, se la lleva sobre el anca. El libro, pues, al conservar sólo las palabras, conserva sólo la ceniza del efectivo pensamiento. Para que este viva y perviva no basta con el libro. Es preciso que otro hombre reproduzca en su persona la situación vital a que aquel pensamiento respondía».

27

Ortega y Gasset ya había advertido que «el libro está en peligro porque se ha vuelto un peligro para el hombre». Seguramente, algunos se pregunten hoy: ¿cómo podía decir esto alguien que amaba los libros y que debía su conocimiento, en gran parte, a los libros? Lo podía decir, y lo decía, sin contradicción ninguna, porque consideraba que el pensamiento se estaba esclavizando a la letra impresa, que el libro se estaba volviendo contra su creador, que se estaba convirtiendo en una pesadísima carga en un tiempo en el que los demasiados libros y fuentes de información estaban «acostumbrando al hombre medio a no pensar por su cuenta y a no repensar lo que lee», afe-rrado este hombre a la comodidad de simplemente recibir lo leído sin hacerlo verdaderamente suyo y vital. Letra muerta es igual a cultura muerta: sin barrunto de duda, sin asomo de escepticismo; lo impreso y prestigiado como único modo de Verdad.

Lo que mejor define a la cultura, sostiene el filósofo, es el conocimiento vital, el que nos sirve para vivir y no nada más el que llena de saber y erudición nuestro cerebro vacío de dudas. Para Ortega conocimiento era sinónimo

de alegría. No es por nada que, en el prólogo a sus *Meditaciones del Quijote*, en una conmovedora confesión personal, revelara: «A la mañana, cuando me levanto, recito una brevísima plegaria, vieja de miles de años, un versillo del Rig-Veda, que contiene estas pocas palabras aladas: ‘¡Señor, despiértanos alegres y danos conocimiento!’. Preparado así, me interno en las horas luminosas o dolientes que trae el día».

28 Para el autor de *La deshumanización del arte* era obvio que el conocimiento, como la alegría, no se alojaba únicamente en los libros. Y, así, en *El tema de nuestro tiempo* concluye con algo que reivindico, palabra por palabra, a lo largo de las presentes páginas: «Contraponer la cultura a la vida y reclamar para esta la plenitud de sus derechos frente a aquella no es hacer profesión de fe anticultural. Si se interpreta así lo dicho anteriormente, se practica una perfecta tergiversación. Quedan intactos los valores de cultura; únicamente se niega su exclusivismo. Durante siglos se viene hablando exclusivamente de la necesidad que la vida tiene de la cultura. Sin desvirtuar lo más mínimo esta necesidad, se sostiene aquí que la cultura no necesita menos de la vida. Ambos poderes —el inmanente de lo biológico y el trascendente de la cultura— quedan de esta suerte cara a cara, con iguales títulos, sin supeditación del uno al otro». Recuperar el valor y la vigencia de las profundas reflexiones de Ortega y Gasset es indispensable en una época, la nuestra, que ha desvirtuado de pronto el propósito de la cultura confundiendo información con conocimiento y saber libresco con verdad, olvidando, con ello, «buscar el sentido de lo que nos rodea», y esto último es a fin de cuentas lo que los mejores libros nos aconsejan.

El libro es buen alimento si encarna en nuestra vida y si es reflejo del vivir más que del leer. Su fin no es el saber por el saber mismo, sino la revitalización de la existencia. «Cuando un libro es cosa viva —escribió Miguel de Una-

munos— hay que comérselo, y el que se lo come, si a su vez es viviente, si está de veras vivo, revive con esa comida».

Los libros son un alimento espiritual y una parte importante y sublime de la vida, pero no la vida misma. «Vivimos una bibliofilia de analfabetos», sentenció Pessoa, y agregó: «Escribir es olvidar. La literatura es la manera más agradable de ignorar la vida». Lo mismo podría decir el lector cuando no cuestiona lo que lee o cuando se conforma, simplemente, con la plácida evasión del mundo. Así, «el arte nos libra ilusoriamente de la sordidez de ser. Mientras sentimos los males y las injurias de Hamlet, príncipe de Dinamarca, no sentimos los nuestros: viles porque son nuestros y viles porque son viles».

29

Fernando Pessoa inventó mundos e inventó personas. Él mismo era muchas personas (Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Coelho Pacheco, Bernardo Soares), pero, pese a todo, sabía distinguir la realidad de la ficción, lo que no siempre sabemos hacer los lectores que llegamos a creer que los libros *lo son todo* cuando tan sólo constituyen una parte de la vida.

Bernardo Soares sí lo sabía: «Ante la realidad de la vida, suenan pálidas todas las ficciones de la literatura y el arte. Producen, es cierto, un placer más noble que los de la vida; pero son como los sueños, en los que experimentamos sentimientos que en la vida no se experimentan, y se conjugan formas que en la vida no se encuentran; son, a pesar de todo, sueños, de los que se despierta, que no constituyen memorias ni nostalgias con las que vivamos después una segunda vida».

Si nos referimos a nosotros mismos, los que estamos uncidos al carro de los libros, desde un punto de vista profesional, independientemente de escribir, una buena parte de nuestro trabajo consiste en leer. Y esto las más de las veces lo hacemos con deleite, con gran placer. Pero hay quienes no entienden la frase *el placer de leer*, y de inme-

diato la rechazan. Afirman que quien lee no tiene que sentir, *necesariamente*, placer.

Una afirmación así es reconocimiento de frigidez. Expliquémonos: ¿alguien cree que se puede realizar, por voluntad propia, el acto sexual, sin placer alguno y con el único propósito de engendrar y concebir un hijo? Salvo excepciones clínicas (dignas de un estudio de Oliver W. Sacks), sería casi imposible.

30

Primero es el placer, y el hijo (si nace) será sólo la consecuencia. Leemos por placer y la consecuencia es que ampliamos nuestro conocimiento, moderamos ignorancias, obtenemos un poquito de saber, etcétera. No leemos libros *para ser mejores*; esta es la consecuencia. No hacemos el amor para procrear; esta es la consecuencia.

Quienes creen lo contrario están más cerca del dogma inhumano que de la libertad: la ablación del placer, al servicio de la concepción aséptica y la progenie. Ello, en cuanto al sexo. En el caso de la lectura, ¿cómo leer *voluntariamente* un libro, de la materia que sea, sin un grado de placer?

El físico, el químico, el astrónomo, el matemático, etcétera, y no sólo el literato y el poeta, sienten placer por lo que hacen (investigar, experimentar, analizar, reflexionar, observar, buscar), independientemente de la *utilidad* de sus quehaceres. *Saben* que en lo que hacen hay *una utilidad*, pero no lo hacen *nada más* por eso, sino por el placer que obtienen al hacerlo y, si leen libros de su interés, algún placer obtienen con ello. ¿O acaso lo hacen, siempre enfurecidos, deseando tan sólo mandar al diablo todo eso?

Es triste que la gente no comprenda el significado del *placer de leer*. Los mismos profesionales del libro (investigadores, profesores, bibliotecarios, críticos) a veces no lo comprenden, como la insípida y orgullosa estudiante de Literatura Inglesa de la Universidad de Oxford que respondió lo siguiente a Stephen Vizinczey cuando este le

preguntó si le había gustado cierto libro: «¡No leo para sacar gusto, leo para evaluar!».

Esta respuesta es típica del género de profesionistas que produce la enseñanza escolarizada concebida como un simple trámite: a los estudiantes se les ha enseñado a extraer el disfrute no de su presente, sino de la ilusión del luminoso futuro que imaginan alcanzar si se resignan a *sufrir*, entre otras cosas, la lectura de libros; todo ello en aras del título, el diploma y el *éxito*. Es decir, se les enseña a leer con un fin *interesado*, y se les guía por el camino del displacer.

31

Sin embargo, el psicoanálisis mostró que somos en gran medida hijos de la pulsión placentera, el sadomasoquista incluido, pues este (llámese, en el caso de la lectura, profesor, estudiante o crítico literario) halla deleite en el dolor y en el asco. Y, mucho antes, Blaise Pascal enunció esta verdad básica: «Todos los hombres buscan la felicidad: hasta los que se ahorcan». (Lo que sucede es que *no todos encuentran la felicidad en los libros*, y aunque, para nosotros los lectores, sería deseable que nadie se quedara sin probar lo placentero que es leer, tampoco es cosa de mesarnos los cabellos porque mucha gente, sin causarle ningún daño a los demás, encuentra la felicidad en otros ámbitos.)

En conclusión, desde mi punto de vista, es falso que haya lectores que no gozan lo que, *voluntariamente*, leen. Si no son burócratas de la lectura (que leen sólo por la paga), lanzarán lejos el libro que no les causa placer. Leer por obligación es mala cosa. En cambio, Ricardo Garibay, lujurioso lector, dijo: «Hay época de la vida en que la lectura se convierte en obsesión», y hablaba del gran deleite que experimentaba al encontrar «la poesía incrustándose de modo natural en la prosa». ¿Quién que haya leído con placer *Pedro Páramo* o *Cien años de soledad* no sintió en algún momento en esas páginas el febril aleteo de la poesía?

En el caso del verso, quizá el deleite es más que previsible, pero el placer de la lectura no tiene que ver nada más con literatura y lirismo. Hans Magnus Enzensberger ha escrito poemas sobre ciencia que son un deleite incluso para los simples profanos que no entendemos mucho de esto, pero sí del placer de leer que es, también, el placer de saber, de conocer, de sentir, de añadir algo a nuestra vida: ese deleite.

32

Un lector autónomo (al que nadie obliga a leer) que llegase a declararse falto de placer en lo que lee, es alguien que está reconociendo alguna penosa anomalía: frigidez, anorexia, impotencia. Lo que no se entiende es por qué no deja de hacerlo; lo cual quizá nos lleva a una conclusión no menos clínica: su trastorno bien puede ser un placer disfrazado de hastío. De otro modo, se arrojan los libros por la ventana y se busca el placer en otro lado.

En este punto, el de la lectura con un fin interesado, es decir sin la gratuidad del goce, creo que debo hacer una acotación pertinente, a través de un ejemplo, antes de pasar de lleno a la materia de este libro. Durante una conferencia a promotores de la lectura, estos pidieron mi opinión acerca de un programa de becas o estímulos económicos que, con el patrocinio de algunas empresas y algunas organizaciones artísticas y culturales, ha lanzado cierta casa editorial española, en México, con el objetivo de promover y fomentar el hábito de la lectura.

Sin corrección política, les respondí que, si el propósito fundamental es el de fomentar y promover la lectura en el sector juvenil, la idea de pagar a los lectores, presuntamente para incentivarlos a leer, es, desde mi punto de vista, un error. La única motivación real para leer un libro es desear leerlo; de otro modo, toda lectura se vuelve interesada. Y mucho más interesada si *te pagan por leer*.

Si la iniciativa arguye que «lo único que necesitan los jóvenes para emprender un gozoso camino hacia la imaginación y el conocimiento es un pequeño estímulo», no

deja de ser sorprendente que tal pequeño estímulo se concrete en una recompensa económica.

Creo que es justo que, en el nivel profesional, alguien tenga que pagar al lector por sufrir libros aburridos y soporíferos. En no pocos casos, la paga incluso es realmente exigua comparada con la penosa tarea: primero, leer un libro insatisfactorio y aburrido, y luego escribir insatisfactoriamente, y con aburrimiento, acerca del mismo.

En el caso de la iniciativa que comentamos hay, se supone, una mayor nobleza: el quehacer no se parece a la obligación rutinaria que, por razones de supervivencia, puede padecer un reseñador de novedades editoriales. El principio, al parecer, es diferente: te lees un libro que te gusta, lo reseñas y lo recomiendas y además te pagan por ello. Dicho así parecería un programa irrefutable y toda crítica al mismo resultaría improcedente.

33

Sin embargo, un programa de esta naturaleza más que hacer lectores propiciará la formación de comentaristas profesionales del libro, lo cual no está mal, pero es algo muy diferente al propósito que se expone. Se asegura que «en un país donde la mayoría de la población más joven deja la lectura en último lugar —primero la televisión, los videojuegos, el cine, etcétera—, saber que una iniciativa que los motive a leer ha tenido un éxito contundente, es de alegrarse».

Los proselitistas del libro (y las casas editoriales, las librerías, los autores, los ilustradores, los impresores, etcétera) podemos alegrarnos de añadir lectores al consumo cultural. Pero no deja de ser una ingenuidad creer que las empresas de telecomunicaciones, auspiciantes de este programa, se preocupen demasiado por el hecho de que la lectura (de libros, vale añadir) se sitúe en último lugar, después de la televisión, los videojuegos, el cine y el teléfono móvil.

Tomemos esto, entonces, como otra más de las «congruentes incongruencias» de las empresas privadas que

buscan diluir un poco su desprestigio cultural apoyando y financiando a la cultura. (En Colombia, por ejemplo, las empresas tabacaleras –que tanto daño causan a la salud– patrocinan campañas y programas de lectura, y en otros sitios la industria petrolera –que tanta contaminación produce– regala computadoras y desarrollo tecnológico *limpio* a escuelas y centros culturales rodeados de humo y desechos tóxicos.)

34 Cobrar por leer no es malo. Toda profesión exige una retribución económica; mientras más justa, mejor. Pero estimular con dinero al lector que se supone libre de ataduras es atarlo a la promesa de una recompensa pecuniaria. Para un lector, el mayor estímulo es el goce que prometen (y a veces cumplen) los libros.

Aunque mi optimismo sea escaso, vale desear que un programa así no desemboque en el mismo lugar de los premios de literatura: en «la cultura de la mediocridad», diría el poeta y editor mexicano Sandro Cohen. Hoy, muchos escritores han dejado de escribir para producir una obra que, a lo mejor, puede ganar un premio, y a cambio escriben libros *precisamente* para ganar un premio aunque no consigan hacer *una obra*. Muchos escritores jóvenes escriben ya sólo en función de los premios y no de la literatura. Sería insólito que esto no sucediera con el lector a quien, desde muy joven, le pagan por leer.

Decía André Maurois que «con la lectura ocurre como con las posadas españolas y con el amor: que no se halla más que lo que se lleva». La frase es hermosa y, posiblemente, no sea inexacta. Lo que un libro nos ayuda a descubrir es lo que nosotros mismos llevamos pero no habíamos advertido, aunque esto no sea únicamente virtud de los libros.

Si pensáramos por cuenta propia sobre lo que somos, sobre lo que llevamos y sobre lo que quisiéramos ser, tal vez comenzaríamos a escribir un libro si no en papel sí al

menos en nuestra mente. Los libros están hechos del pensamiento y el sentimiento de quienes los escribieron y, cuando los leemos con placer, hallamos que nuestro espíritu congenia con el de ese prójimo que nos dice algo más que palabras escritas sobre la superficie de papeles pintados de los que hablaba Pessoa.

Leer, entonces, placenteramente, no es pasar una página tras otra en interminable secuencia de un libro detrás de otro. A eso se le puede llamar rutina y ser, por cierto, muy insatisfactoria. Para que la lectura nos enriquezca verdaderamente, los libros tendrían que avivar nuestro seso y nuestra emoción, y permitirnos, con ello, animar nuestro propio pensamiento. Un lector, sin falsas utopías y sin convicciones fanáticas es un lector que disfruta lo que hace y se convierte él mismo en autor y en detractor del libro que lee, porque adquiere la sospecha de que él está a gusto en ese libro pero, también, de que al salir de él, y al volver a la vida real, se mueve, respira, piensa y se siente mucho mejor.

A propósito de esto, hay un ejemplo casi insólito. La periodista Silvina Espinosa de los Monteros conversó con el poeta y narrador chileno Alejandro Zambra (1975), autor de *Bonsai* y *La vida privada de los árboles*. Desde el encabezado mismo, la entrevista parte de una afirmación que muy pocos novelistas tienen el atrevimiento sincero de formular: «La novela es como un bonsai, que no es un árbol verdadero».

Cada vez es menos frecuente abordar, sin recurrir a tópicos, el tema del libro y su relación con la vida. En general, narradores, poetas, ensayistas, críticos, periodistas y especialistas siempre «resuelven» este quid con frases hechas y lugares comunes acerca de «la nobleza del libro», para no entrar en el fondo del asunto, ese fondo ahora sí perfectamente ubicado en el subtítulo de la entrevista mediante una pregunta ineludible: «¿Cuál es el verdadero lugar de los libros en la vida?».

36 A los que dicen, imperturbables, con la mayor corrección política, que sin los libros no podrían vivir (todos, a la menor provocación acuñamos frases nobles sobre el libro y la lectura), habría que remitirlos a la existencia de los que todos los días viven y mueren en una lucha cotidiana mucho menos cómoda y menos etérea que la de quienes, con la mano en la billetera, se dirigen a la librería más próxima o más remota pensando qué de maravillas habrá en las mesas de novedades.

Para André Comte-Sponville, *lo fundamental es vivir*; de ahí que todo el mundo luche por su vida, hasta que ya no puede o ya no quiere seguir. Leer es sólo uno de los actos de vivir y, por cierto, uno de los más plenos y reconfortantes, pero Comte-Sponville tiene razón al preguntarse con ironía y sin asomo de retórica: «¿Cómo podría un libro hacer las veces de la vida?».

Únicamente alienados podríamos pensar que los libros son equiparables a la vida. El suicida, por ejemplo, es alguien que deja de vivir, por propia voluntad, movido por el hecho de buscar la felicidad en otro sitio. Concluyó que «la vida está en otra parte» y fue a buscarla. La virtud y los vicios enseñan más por el ejemplo que por los libros, y las buenas y las malas acciones superan siempre a todos los libros, que lo único que pueden hacer es dar testimonio de la vida, en tanto nadie pueda testimoniar cómo es la muerte.

¿Por qué para algunos es tan difícil entenderlo? Por una sencilla razón: no quieren meditarlo, y se conforman con dichos y con frases hechas: con falsedades culturalmente aceptadas y bañadas de una luz celestial de nobleza. La vida no está en los libros sino de un modo reflejado: no es la vida, es su sombra. Los libros, en cambio, están en la vida, de forma directa, sin ninguna metáfora, y lo que hagamos con ellos es asunto de cada quien: sea que les levantemos templos o que nos importen un bledo.

Alejandro Zambra afirma que le importa mucho más

«cómo se leen los libros que los libros mismos». Hacía mucho tiempo que yo no leía una declaración tan lúcida de un escritor, acerca de la lectura, complementada, además, con esta verdad: «La escritura sirve para mirar desde afuera». La mayor parte de los escritores declaran siempre que, si les prohibieran leer y escribir, irremediablemente morirían, porque para ellos —enfatan— escribir y leer es como respirar. La declaración es cursi, pero sobre todo es falsa: nadie fallece por eso. Es más fácil documentar testimonios de fenómenos paranormales y avistamientos de ovnis que conseguir las pruebas más dudosas y fraudulentas de alguien que haya muerto a causa de la falta de libros.

37

Para Zambra, así como un bonsai no es un árbol verdadero, sino un remedo de árbol, así las novelas no son la vida misma, sino el reflejo de la vida. Robert Louis Stevenson ya lo había formulado: «Los libros son lo bastante buenos a su manera, pero también son un poderoso sustituto exangüe de la vida». (Exangüe: desangrado, anémico, desfallecido, incluso muerto.) Y dicho por Stevenson, que tanto amó los libros y que tanto sufrió, hay que revalorarlo: la vida de Stevenson, como la vida de cualquier escritor, es infinitamente superior, y acaso más extraordinaria, que sus propios libros.

En todo caso, los libros de Borges, como los de Nietzsche, como los de Stevenson, como los de Neruda, como los de Comte-Sponville, como los de Zambra, como los de Roberto Bolaño, como los de Javier Marías, como los de Savater, como los de Enrique Vila-Matas, como los de cualquiera, no son mejores que sus vidas, ello sin contar que nadie puede escribir un libro superior a sus fuerzas. Todos los libros se parecen, irremediablemente, a sus autores. Todos los libros se parecen irrenunciablemente a sus lectores.

En un libro que leí y aprecié hace muchos años y que hoy sigo recordando con aprecio, *Las palabras y los hom-*

bres, José Ferrater Mora nos enseñó que ningún punto de vista puede aceptarse como si fuese la verdad absoluta, pues «si aspiramos a ser razonablemente tolerantes, habremos de admitir que hay varios puntos de vista posibles sobre los asuntos humanos y que tiene sentido discutir sobre ellos, esto es, argüir en pro o en contra de uno sin creer que con ello se ha pronunciado la última palabra».

38 Todos los puntos de vista, nos dice Ferrater, tienen sus límites, y «el defensor de cualquier punto de vista no puede proceder a su defensa si lo estima absoluto, esto es, si no reconoce la posibilidad de algún error en su propio punto de vista»; por consiguiente, «cualquier punto de vista se halla limitado por otros puntos de vista» y, en este sentido, el diálogo no sólo acepta sino que exige la coexistencia dinámica de esos opuestos que configuran nuestra diversidad razonable, respetuosa pero también escéptica.

Puedo proponerme en estas páginas, como de hecho lo hago, «desmantelar mitos y disipar ilusiones» (la frase es también de Ferrater), pero no puedo olvidar que mi propuesta emerge de una experiencia *relativa* que considero solamente plausible y nunca verdad absoluta. Lo que apporto son elementos de juicio, análisis, reflexión y, por supuesto, puntos de vista, para trazar los argumentos sobre los cuales planto mi propuesta. Si algo sigo solicitando de mi lector es el escepticismo que yo también hago mío ahora con las sabias palabras de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*: «El escepticismo, la incertidumbre, la última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza».

Por todo lo anterior, sobra decir que este libro, que el lector tiene ahora en sus manos, gracias al gentil empeño de mi amigo y editor Francisco Javier Jiménez, así como a las humanas y librescas coincidencias entre nosotros,

excluye entre sus propósitos el de asentar un axioma redundantemente incontrovertible; su aspiración es más humilde —y lo digo sin modestia—: incentivar el diálogo en torno a la vida y a la lectura, este mismo diálogo apasionado que he mantenido con él —océano de por medio— y que es del todo responsable de que estas páginas vean la luz en España.

Para mí ha sido un lujo y un privilegio tener a Javier como el primer lector, apasionado e inteligente, de este libro que aborda la reflexión, en doce capítulos y en dos partes, por un lado sobre la lectura en la escuela y, por el otro, sobre la lectura en absoluta libertad bajo el principio del placer. Las observaciones y comentarios de este primer lector obraron, sin duda, en beneficio de *la siempre provisional versión definitiva* que nunca terminaré de escribir.

39

Algo más: este es un libro de reiteraciones apasionadas porque, al igual que otros libros míos sobre la lectura, es un libro conversado. El diálogo es su principio. No se sorprenda el lector por ello. Y, otra vez, tomo prestadas las palabras de Ortega y Gasset: «La involución del libro hacia el diálogo: este ha sido mi propósito». A veces necesitamos decir muchas veces las cosas para que alguien nos *oiga* allá a lo lejos: que nos *escuche* tal vez sea mucho pedir.

Stendhal se despedía de sus lectores del siguiente modo: «Adiós, amigo lector: procura no malgastar tu vida en odiar y en temer», y André Comte-Sponville cierra con estas extraordinarias palabras el prólogo de su libro *Impromptus*: «Este es sólo un libro sin importancia, que se ama o se deja. Adiós, pues, lector, y que la vida te sea leve».

Sinceramente, aunque muero de envidia por estas despedidas tan sensatas, corteses y, al mismo tiempo, tan humildes, yo no podría repetir esas palabras sin parecer pretencioso y arrogante. Lo que sí puedo, y deseo, para

continuar este diálogo –cuyas líneas principales he esbozado en estas primeras páginas–, es una fórmula que define mejor mis sencillos propósitos:

40 Escéptico lector, este es sólo un libro sin importancia (como lo son casi todos los libros), con el que alternativamente puedes estar de acuerdo y en desacuerdo, porque (otra vez Unamuno) «razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro». Al menos por sus citas textuales, que son abundantes, no creo que todo él te sea siempre ingrato y vano, y si en algunas páginas consigo tu atención, así sea contra mis ideas, con ello me doy por satisfecho. Gracias, pues, lector (*mi prójimo, mi hermano*) y que la vida te sea más feliz que desdichada, en medio de las nobles e innobles utopías.

- Alain (Émile Chartier), *Mira a lo lejos*, edición y traducción de Emilio Manzano, RBA Libros, Barcelona, 2007.
- Alberti, Rafael, *Antología poética*, Océano/Losada, México, 1998.
- Appendini, Guadalupe, *Refranes populares de México*, Porrúa, México, 1997.
- Arizaleta, Luis, *La lectura, ¿afición o hábito?*, Anaya, Madrid, 2003.
- Arreola, Juan José, *La palabra educación*, texto ordenado y dispuesto para su publicación por Jorge Arturo Ojeda, Secretaría de Educación Pública, México, 1973.
- Bach, Eva, y Pere Darder, *Des-édúcate*, Paidós, México, 2005.
- Baricco, Alessandro, *Tierras de cristal*, traducción de Carlos Gumpert y Xavier González Rovira, Anagrama, Barcelona, 1998.
- , «Queridos jóvenes, es mejor no leer», traducción de Israel Covarrubias. (Se puede consultar en red.) El texto es un extracto de la conferencia del autor en la Feria del Libro de Turín, el 15 de mayo de 2003, incluida luego en su libro *Totem. L'ultima tournée* (Einaudi, Roma, 2003).
- , *Homero, Ilíada*, traducción de Xavier González Rovira, Anagrama, Barcelona, 2005.
- Barthes, Roland, *Mitologías*, traducción de Héctor Schmucler, Siglo XXI, México, 1980.

- , *Sade, Fourier, Loyola*, traducción de Alicia Martorell, Cátedra, Madrid, 1997.
- Bartolomé, Efraín, *Educación emocional en veinte lecciones*, Paidós, México, 2006.
- Bataille, Georges, *El erotismo*, traducción de Antoni Vicens y Marie Paule Sarazin, Tusquets, Barcelona, 2005, cuarta edición.
- 310 Baudelaire, Charles, *Las flores del mal/Les fleurs du mal*, edición bilingüe de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo, Cátedra, Madrid, 2001.
- Berdiaeff, Nicolás, *Una nueva Edad Media*, traducción de José Renom, Editorial Apolo, Barcelona, 1951.
- Bergua, José, *Refranero español*, Ediciones Ibéricas, Madrid, 1968.
- Blok, Alexander, *La ironía y otros ensayos*, traducción de Jorge Bustamante García, Verdehalago, México, 2008.
- Bloom Harold, *El canon occidental*, traducción de Damián Alou, Anagrama, Barcelona, 1995.
- , *El futuro de la imaginación*, traducción de Daniel Najmías, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Bongers, Wolfgang, y Tanja Olbrich (Comps.), *Literatura, cultura, enfermedad*, traducciones de Carla Imbrogno, Carlos Díaz Roca, Wolfgang Bongers y Mariana Chiatellino, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Boorstin, Daniel J., *La nariz de Cleopatra: Ensayos sobre lo inesperado*, traducción de Antonio Desmonts, Crítica, Barcelona, 1996.
- Borges, Jorge Luis, *El informe de Brodie*, Alianza, Madrid, 1974.
- , *A/Z*, compilación de Antonio Fernández Ferrer, Siruela, Madrid, 1988.
- , *Biblioteca personal*, Alianza, Madrid, 1997.
- , *Obra poética 1923/1985*, Emecé, Buenos Aires, 1998.
- Botton, Alain de, *Las consolaciones de la filosofía*, traducción de Pablo Hermida Lazcano, Taurus, México, 2007.

- Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos*, traducción de Aurora Bernárdez, Tusquets, México, 1993.
- Canto, Estela, *Borges a contraluz*, Espasa Calpe, Madrid, 1989.
- Cavallo, Guglielmo, y Roger Chartier (Dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, traducción de María Barberán, Mari Pepa Palomero, Fernando Borrajo y Cristina García Ohlrich, Taurus, Madrid, 2001.
- Cebrián, Juan Luis, *El fundamentalismo democrático*, Santillana, Madrid, 2005. 311
- Cernuda, Luis, *Prosa completa*, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Barral, Barcelona, 1975.
- , *Poesía completa*, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Barral, Barcelona, 1977.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Florencio Sevilla Arroyo, Castalia, Madrid, 1998.
- , *Novelas ejemplares*, 2 vols., edición, introducción y notas de Juan Bautista Avalle-Arce, Castalia, Madrid, 2001.
- Chambers, Aidan, *Lecturas*, traducción de Ana Tamarit Amieva, FCE, México, 2006.
- , *Dime: Los niños, la lectura y la conversación*, traducción de Ana Tamarit Amieva, FCE, México, 2007.
- Chanfort, *Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas*, selección, traducción, prólogo y notas de Antonio Martínez Sarrión, epílogo de Albert Camus, Aguilar, Madrid, 1989.
- Chomsky, Noam, *La (des)educación*, edición e introducción de Donald Macedo, traducción de Gonzalo G. Djembé, Crítica, Barcelona, 2001.
- , *Sobre democracia y educación*, compilación de C. P. Otero, traducción de Eugenia Vázquez Nacarino y Miguel Martínez-Lage, volumen 1: *Escritos sobre ciencia y antropología del entorno cultural*, Paidós, Barcelona, 2005; volumen 2: *Escritos sobre las instituciones*

- educativas y el lenguaje en las aulas*, Paidós, Barcelona, 2006.
- Comte-Sponville, André, *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, traducción de Pierre Jacomet, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.
- , *Impromptus*, traducción de Óscar Luis Molina S., Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999.
- , *La felicidad, desesperadamente*, traducción de Enrique Folch González, Paidós, Barcelona, 2001.
- 312 Díaz Mirón, Salvador, *Poesía completa*, recopilación, introducción, bibliografía y notas de Manuel Sol, FCE, México, 1997.
- Domingo Argüelles, Juan, *¿Qué leen los que no leen? El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer*, Paidós, México, 2003; cuarta reimpresión, 2007.
- , *Leer es un camino: Los libros y la lectura: del discurso autoritario a la mitología bienintencionada*, Paidós, México, 2004.
- , *Historias de lecturas y lectores: Los caminos de los que sí leen*, Paidós, México, 2005.
- , *Ustedes que leen: Controversias y mandatos, equívocos y mentiras sobre el libro y la lectura*, Océano, México, 2006.
- , *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura: La utopía y el imperativo de leer*, Océano, México, 2008.
- , *Del libro, con el libro, por el libro... pero más allá del libro*, Ediciones del Ermitaño, México, 2008.
- Doval, Gregorio, *Nuevo diccionario antológico de pensamientos y aforismos*, EDAF, Madrid, 1990.
- Eco, Umberto, *Segundo diario mínimo*, traducción de Helena Lozano Miralles, Lumen, México, 1994.
- Enzensberger, Hans Magnus, *Los elixires de la ciencia: Miradas de soslayo en poesía y prosa*, traducción de Michael Faber-Kaiser, Heberto Padilla, José Luis

- Reina Palazón, Ángel Repáraz y Kim Vilar, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Epicuro, *Sobre la felicidad*, traducción de Carlos García Gual, prólogo de Emilio Lledó, Debate, Madrid, 2000.
- Espinosa de los Monteros, Silvina, «Escribir cicatriza las heridas al momento de abrirlas: Millás», *El Financiero*, sección Cultural, México, martes 6 de febrero de 2008, pág. 40.
- , «La novela es como un bonsai, que no es un árbol verdadero», entrevista a Alejandro Zambra, *El Financiero*, sección Cultural, México, 12 de enero de 2009, pág. 39.
- Estañol, Bruno, *El féretro de cristal*, Cal y Arena, México, 1992.
- , *La vocación condenada*, UNAM, México, 2000.
- , *El ajedrecista de la Ciudadela*, novela inédita, México, 2008.
- Evtushenko, Evgueni, *Autobiografía precoz*, traducción de Pedro Durán Gil, México, 1963.
- Fadiman, Clifton, y John S. Major, *Un plan de lectura para toda la vida*, traducción de Pilar Adón, Marta Bris y Gloria Mengual, Planeta, México, 2008.
- Ferrater Mora, José, *Las palabras y los hombres*, Península, Barcelona, 1972.
- Fisas, Carlos, *Frases que han hecho historia*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997.
- Flaubert, Gustave, *Tres cuentos/Diccionario de tópicos*, traducción y prólogo de Consuelo Berges, Seix Barral, Barcelona, 1973.
- , *Estupidario/Diccionario de prejuicios*, traducción y prólogo de Agustín Izquierdo, Valdemar, Madrid, 1995.
- , *La pasión de escribir*, traducción de Argentina Carreras y María Teresa Maiorana, Ediciones Coyoacán, México, 1995.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1979.

- Fourier, Charles, *Elogio de la poligamia*, traducción e introducción de Miguel Giménez Saurina, Abraxas, Barcelona, 2005.
- Frank, Ana, *Diario*, traducción de Juan Cornudella, Plaza & Janés, Barcelona, 1990.
- Frankfurt, Harry G., *On Bullshit: Sobre la manipulación de la verdad*, traducción de Miguel Candel, Paidós, Barcelona, 2006.
- 314 Fuentes Mares, José, *Nueva guía de descarriados*, Joaquín Mortiz, México, 1977.
- García Jiménez, Salvador, *El hombre que se volvió loco leyendo El Quijote: Para acabar con la enseñanza de la Literatura*, Ariel, Barcelona, 1996.
- García Márquez, Gabriel, *La bendita manía de contar, taller de guión*, edición de Ambrosio Fornet, Ollero & Ramos/Escuela Internacional de Cine y Televisión, Madrid, 1998.
- , *Notas de prensa. Obra periodística 5, 1961-1984*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1999.
- , *Vivir para contarla*, Diana, México, 2002.
- Garibay, Ricardo, *Oficio de leer*, Océano, México, 1996.
- Gautier, Théophile, *Retrato de Balzac*, Sexto Piso, México, 2006.
- Gelman, Juan, *Mundar*, Era/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2008.
- Glucksmann, André y Raphaël, *Mayo del 68: Por la subversión permanente*, traducción de María José Hernández y Alicia Martorell, Taurus, México, 2008.
- Gombrowicz, Witold, *Autobiografía sucinta, textos y entrevistas*, traducción de Javier Fernández de Castro, Anagrama, Barcelona, 1972.
- , *Diario 1: 1953-1956*, traducción y presentación de Bozena Zaboklicka y Francesc Miravittles, Alianza, Madrid, 1988.
- Gómez de Silva, Guido, *Breve diccionario etimológico de*

- la lengua española*, El Colegio de México/FCE, México, 1996.
- Herrera y Reissig, Julio, *Poesía completa y prosa selecta*, prólogo de Idea Vilariño, edición, notas y cronología de Alicia Migdal, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Autopsias rápidas*, selección de Guillermo Sheridan, Vuelta, México, 1988.
- Illich, Ivan, *La sociedad desescolarizada*, traducción de Gerardo Espinosa, Barral, Barcelona, 1974.
- , *Némesis médica: La expropiación de la salud*, traducción de Carlos Godard Buen Abad, Arturo Aldama y Valentina Borremans, Barral, Barcelona, 1975.
- Jacquard, Albert, *Pequeña filosofía para no filósofos*, traducción de José Luis Gil Aristu, Plaza & Janés, Barcelona, 2006.
- Junceda, Luis, *Diccionario de refranes, dichos y proverbios*, Espasa Calpe, Madrid, 1998.
- Kleist, Heinrich von, *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte y filosofía*, prólogo, traducción y notas de Jorge Riechmann, Hiperión, Madrid, 1988.
- Kraus, Arnoldo, y Ruy Pérez Tamayo, *Diccionario incompleto de bioética con comentarios y preguntas*, Taurus, México, 2007.
- Kraus, Arnoldo, «Cuestión de valores», en diario *La Jornada*, México, 7 de enero de 2009, pág. 16.
- Kuri-Aldana, Mario, y Vicente Mendoza Martínez, *Cancionero popular mexicano*, 2 vols., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Culturas Populares, México, 1987.
- La Carta internacional de derechos humanos, 1948-1978*, Organización de las Naciones Unidas, Nueva York, 1978.
- Lao Tse, *Tao Te King*, traducción y prefacio de José M. Tola, Barral, Barcelona, 1976.
- Laporte, Dominique, *Historia de la mierda*, traducción de Nuria Pérez de Lara, Pre-Textos, Valencia, 1980.

- Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura: Estudios sobre literatura y formación*, nueva edición revisada y aumentada, FCE, México, 2003.
- Lerner, Delia, *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*, FCE, México, 2001.
- Lewis, C. S., *La abolición del hombre: Reflexiones sobre la educación*, traducción de Paula Salazar A., Editorial Andrés Bello, Barcelona, 2000.
- 316 Lewis, Thomas; Fari Amini y Richard Lannon, *Una teoría general del amor*, traducción de Esther Roig, RBA Libros, Barcelona, 2001.
- Lichtenberg, Georg Christoph, *Aforismos*, traducción de Juan Villoro, FCE, México, 1989.
- Machado, Antonio, *Antología de su prosa. IV. A la altura de las circunstancias*, edición de Aurora de Albornoz, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972.
- , *Abel Martín/Cancionero de Juan de Mairena/Prosas varias*, Losada, Buenos Aires, 1975.
- , *Poesía*, Bruguera, Barcelona, 1981.
- , *Poesías*, Losada/Océano, México, 1998.
- Manguel, Alberto, *En el bosque del espejo: Ensayos sobre las palabras y el mundo*, traducción de Marcelo Cohen, Norma, Bogotá, 2001.
- , *Una historia de la lectura*, traducción de Eduardo Hojman, Editorial Joaquín Mortiz, México, 2006.
- Mannheim, Karl, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, traducción de José Medina Echavarría, FCE, México, 1944.
- Marx, Groucho, *Groucho y yo*, traducción de Xavier Ortega, Tusquets, Barcelona, 1992.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, Debate, Madrid, 1998.
- Mata, Juan, *Como mirar a la luna: Confesiones a una maestra sobre la formación del lector*, Graó, Barcelona, 2004.
- Matthews, Gareth B., *El niño y la filosofía*, traducción de Carlos Valdés, FCE, México, 1993.

- Maurois, André, *Un arte de vivir*, Editorial Azteca, México, 1970.
- Mejía Sánchez, Ernesto, *Recolección a mediodía*, Joaquín Mortiz, México, 1980.
- Michelet, Jules, *El pueblo*, traducción de Odile Guilpain, FCE/UNAM, México, 1991.
- Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*, prólogo de Isaiah Berlin, traducción de Pablo de Azcárate y Natalia Rodríguez Salmones, Alianza, Madrid, 1981.
- , *De la libertad de pensamiento y discusión*, traducción de Pablo de Azcárate, Alianza, México, 1994.
- Mir, José María, *Diccionario ilustrado latino-español, español-latino*, Biblograf, Barcelona, 1973.
- Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1998.
- Montaigne, Michel de, *Ensayos completos*, traducción y notas de Juan G. de Luaces, notas prologales de Emiliano M. Aguilera, Porrúa, México, 1991.
- , *Páginas inmortales*, selección y prólogo de André Gide, traducción de Juan Gabriel López Guix, Tusquets, Barcelona, 1993.
- Monterroso, Augusto, *La letra e*, Era, México, 1987.
- , *Viaje al centro de la fábula*, Era, México, 1989.
- , *Tríptico: Movimiento perpetuo/La palabra mágica/La letra e*, FCE, México, 1995.
- Morin, Edgar, *La mente bien ordenada: Repensar la reforma, reformar el pensamiento*, traducción de María José Buxó y Dulce Montesinos, Seix Barral, Barcelona, 2000.
- Nabokov, Vladimir, *Curso sobre el Quijote*, traducción de María Luisa Balseiro, Ediciones B, Barcelona, 1997.
- Neruda, Pablo, *Memorial de Isla Negra*, Seix Barral, Barcelona, 1976.
- , *Odas elementales*, Seix Barral, Barcelona, 1977.
- , *Para nacer he nacido*, edición de Matilde Neruda y Miguel Otero Silva, Seix Barral, México, 1978.

- Nietzsche, Friedrich, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, traducción de Carlos Manzano, Tusquets, Barcelona, 1980.
- , *Aforismos*, edición de Andrés Sánchez Pascual, Edhasa, Barcelona, 1997.
- Nin, Anaïs, *Incesto: Diario amoroso (1932-1934)*, traducción de José Luis Fernández-Villanueva Cencio, introducción de Rupert Pole, notas biográficas de Gunther Stuhlmann, Siruela, Madrid, 2004.
- Ortega y Gasset, José, *Apuntes sobre el pensamiento*, Revista de Occidente, Madrid, 1966.
- , *Meditaciones del Quijote*, Revista de Occidente, Madrid, 1975.
- , *La rebelión de las masas*, Revista de Occidente/Alianza, Madrid, 1979.
- , *El Espectador*, Alianza, Madrid, 1980.
- , *El tema de nuestro tiempo. Prólogo para alemanes*, Alianza, Madrid, 1981.
- , *La deshumanización del arte*, Origen/Planeta, México, 1985.
- , *Espíritu de la letra*, Alianza, Madrid, 1986.
- , *Misión del bibliotecario*, prólogo de Jesús Sánchez Lambás, edición y presentación de Juan Domingo Argüelles, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Bibliotecas, México, 2005.
- Ospina, William, *¿Dónde está la franja amarilla?*, Norma, Bogotá, 2003.
- Pascal, Blaise, *Pensamientos*, traducción de Juan Domínguez Berrueta, Sarpe, Madrid, 1984.
- Pauls, Alan, y Nicolás Helft, *El factor Borges, nueve ensayos ilustrados*, FCE, Buenos Aires, 2000.
- Paz, Octavio, *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Seix Barral, México, 1984.
- , *Obras completas*, volumen 2, *Excursiones/IncurSIONES, Dominio extranjero*, Círculo de Lectores/FCE, México, 1994.

- , *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*, edición, prólogo y notas de Pere Gimferrer, Seix Barral, México, 1999.
- Pennac, Daniel, *Como una novela*, traducción de Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona, 1993.
- Pérez Cortés, Sergio, *La travesía de la escritura: De la cultura oral a la cultura escrita*, Taurus, México, 2006.
- Pérez-Reverte, Arturo, «Sobre Borges y sobre gilipollas», 319
www.capitanalatraste.com.
- Pessoa, Fernando, *Poesía*, selección, traducción y notas de José Antonio Llardent, Alianza, Madrid, 1983.
- , *Libro del desasosiego*, introducción y traducción de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 1984.
- Petit, Michèle, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, traducción de Rafael Segovia y Diana Luz Sánchez, FCE, México, 1999.
- , *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, traducción de Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez, FCE, México, 2001.
- , *Pero ¿y qué buscan nuestros niños en sus libros?*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones, México, 2002.
- , *Leer y liar/Lectura y familia*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones, México, 2005.
- , *Una infancia en el país de los libros*, traducción de Diana Luz Sánchez, Océano Travesía, México, 2008.
- Platón, *Diálogos: Hipias mayor, Ion, Fedro*, introducción de Juan D. García Bacca, UNAM, México, 1965.
- Porchia, Antonio, *Voces reunidas*, prólogo de Jorge Luis Borges, posfacio de Roberto Juarroz, edición de Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo, UNAAM, México, 1999.
- Pound, Ezra, *Guía de la kultura*, traducción de José González Vallarino, Felmar, Madrid, 1976.

- , *Patria mía*, traducción de Mirko Lauer, Tusquets, Barcelona, 1991.
- , *El artista serio y otros ensayos literarios*, selección, traducción y prólogo de Federico Patán, UNAM, México, 2001.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, vigésima segunda ed., Espasa Calpe, Madrid, 2001.
- 320 Rexroth, Kenneth, *Cien poemas chinos*, traducción de Carlos Manzano, Lumen, Barcelona, 2001.
- Rodari, Gianni, *Gramática de la fantasía: Introducción al arte de inventar historias*, traducción de Mario Merlino, Aliorna, Barcelona, 1989.
- Rodríguez Monegal, Emir, *Borges, una biografía literaria*, traducción de Homero Alsina Thevenet, FCE, México, 1987.
- Rosenblatt, Louise M., *La literatura como exploración*, traducción de Victoria Schussheim, prólogo y revisión de la traducción de María Eugenia Dubois, FCE, México, 2002.
- Sabato, Ernesto, *El escritor y sus fantasmas*, Seix Barral, Barcelona, 1981.
- , *Sabato oral*, edición coordinada por Mario Paoletti, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1984.
- , *Apologías y rechazos*, Seix Barral, Buenos Aires, 2003.
- Sacks, Oliver W., *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Muchnik/Océano, México, 1998.
- Saint-Exupéry, Antoine, *El principito*, traducción y prólogo de Marcelo Cohen, Losada/Océano, México, 1998.
- San Mateo, *Evangelio, Biblia de Jerusalén*, Porrúa, México, 1988.
- Savater, Fernando, *Perdonadme, ortodoxos*, Alianza, Madrid, 1986.
- , *Diccionario filosófico*, Planeta, México, 1996.
- , *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 1997.

- , *El contenido de la felicidad*, Santillana, Madrid, 2001.
- , *Mira por dónde: Autobiografía razonada*, Taurus, México, 2003.
- Shakespeare, William, *Obras completas*, 2 vols., estudio preliminar, traducción y notas de Luis Astrana Marín, Aguilar, México, 1991.
- Solzhenitsyn, Alexandr, *Archipiélago Gulag I (1918-1956)*, traducción de Josep M. Güel y Enrique Fernández Vernet, prólogo de Raúl del Pozo, Tusquets, Barcelona, 2002.
- Steiner, George, *Lenguaje y silencio: Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, traducción de Miguel Ultorio, Gedisa, Barcelona, 2000.
- Stevenson, Robert Louis, *Fábulas y pensamientos*, traducción de Emilio Tejada, Valdemar, Madrid, 1995.
- Tamayo, Franz, *Obra escogida*, selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio, Biblioteca Aya-cucho, Caracas, 1979.
- Tejada Gómez, Armando, *Canto popular de las comidas*, Editorial Boedo, Buenos Aires, 1974.
- Tolstoi, Lev, *Diarios 1: 1847-1894*, edición y traducción de Selma Ancira, Era/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2001.
- , *Diarios 2: 1895-1910*, selección y traducción de Selma Ancira, Era/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2003.
- Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1976.
- , *San Manuel Bueno, mártir/Cómo se hace una novela*, Alianza, Madrid, 1980.
- , *El resentimiento trágico de la vida: Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, Alianza, Madrid, 1991.
- Valéry, Paul, *Discurso a los cirujanos/Aforismos/Goethe*, traducción de Ricardo de Alcázar, prólogo de Xavier Villaurrutia, Nueva Cultura, México, 1940.

- 322 Vaneigem, Raoul, *Aviso a escolares y estudiantes*, traducción de Juan Pedro García del Campo, Debate, Madrid, 2001.
- Vargas Llosa, Mario, *La verdad de las mentiras: Ensayos sobre literatura*, Seix Barral, México, 1990.
- Varios autores, *El oficio de escritor*, traducción de José Luis González, Era, México, 1982.
- , *Conversaciones con los escritores*, traducción de David Rosembaum, Kairós, Barcelona, 1980.
- , *Hablan los escritores*, traducción de David Rosembaum, Kairós, Barcelona, 1981.
- , *Ensayistas ingleses*, selección y traducción de Ricardo Baeza, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992.
- , *El poeta y la crítica: Grandes poetas hispanoamericanos del siglo xx como críticos. Antología*, selección, prólogo y notas de Juan Domingo Argüelles, UNAM, México, 1998.
- , *Libre. Revista de crítica literaria (1971-1972)*, edición facsimilar (números 1-4), introducción de Plinio Apuleyo Mendoza, El Equilibrista/Turner, Madrid, 1990.
- Vázquez, María Esther, *Borges, sus días y su tiempo*, Suma de Letras, Madrid, 2001.
- Vizinczey, Stephen, *El hombre del toque mágico*, traducción de Ana M. de la Fuente, Seix Barral, Barcelona, 1994.
- , *Verdad y mentiras en la literatura*, edición revisada y aumentada, traducción de Pilar Giralt Gorina, Seix Barral, Barcelona, 2001; segunda edición mexicana corregida y aumentada, Océano, México, 2004.
- Wilde, Oscar, *Ensayos y diálogos*, traducción de Julio Gómez de la Serna, Hyspamérica, Madrid, 1985.
- , *El arte del ingenio: Epigramas*, traducción de Beatriz Torreblanca, Valdemar, Madrid, 1995.
- Yépez, Heriberto, «Archivo hache. Y tú, ¿ya hiciste la tarea?», *Milenio*, suplemento *Laberinto*, número 295, pág. 12, México, sábado 7 de febrero de 2009.

- Zaid, Gabriel, *Los demasiados libros*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1972; nueva edición, revisada y aumentada, Océano, México, 1996.
- , *Obras, volumen 1, Reloj de sol: Poesía 1952-1992*, El Colegio Nacional, México, 1995.
- , *Obras, volumen 2, Ensayos sobre poesía*, El Colegio Nacional, México, 1993.
- , *Obras, volumen 3, Crítica del mundo cultural*, El Colegio Nacional, México, 1999.
- , *Obras, volumen 4, El progreso improductivo*, El Colegio Nacional, México, 2004.
- , *El costo de leer y otros ensayos*, edición y presentación de Juan Domingo Argüelles, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Bibliotecas, México, 2004.
- , *Antología general*, selección, estudio preliminar y apéndice de Eduardo Mejía, Océano, México, 2004.
- , *El secreto de la fama*, Lumen, México, 2009.
- Zanoner, Angela Maria, *Frases latinas*, traducción de M. Angels Pujol i Foyo, Editorial de Vecchi, Barcelona, 2000.
- Zuleta, Estanislao, *Lógica y crítica*, Hombre Nuevo Editores/Fundación Estanislao Zuleta, Medellín, 2003.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Acevedo, Leonor, 252
Acuña, Manuel, 176
Adorno, Theodor Wiesengrund, 262, 297
Alain (Émile Chartier), 18, 44, 45, 142, 214
Alberti, Rafael, 151
Allen, Woody, 255
Althusser, Louis, 196, 300
Amicis, Edmondo de, 176, 231, 232
Amini, Fari, 57, 94, 96
Andersen, Hans Christian, 68
Appendini, Guadalupe, 20
Argüelles, Juan Domingo, 295
Aristóteles, 46, 49
Arizaleta, Luis, 21
Armstrong, Louis, 193
Arreola, Juan José, 173, 205
Asunción Silva, José, 176
Bach, Eva, 155
Balzac, Honoré de, 188, 241, 243, 276, 287, 304
Baricco, Alessandro, 170, 262
Barnstone, Willis, 256
Barthes, Roland, 91, 94, 302
Bartolomé, Efraín, 187, 199, 200, 214, 215, 225, 286
Basho, Matsuo, 225
Bataille, Georges, 188
Baudelaire, Charles, 69, 70, 72, 188, 225, 279, 287, 325
Berdiaeff, Nicolás, 283
Bergua, José, 19
Bernanos, Georges, 93
Bioy Casares, Adolfo, 120
Black, Max, 139
Blok, Alexander, 52
Bloom, Harold, 59, 60, 277, 288, 289, 299
Bolaño, Roberto, 37
Boorstin, Daniel Joseph, 239
Borges, Jorge Luis, 20, 37, 47, 48, 51, 55, 56, 153, 188, 223, 226, 235, 236, 240, 247-256, 297
Botton, Alain de, 146, 261
Cabrera Infante, Guillermo, 255
Caeiro, Alberto, 29
Calderón de la Barca, Pedro, 169, 171
Caldwell, Erskine, 236
Calvino, Italo, 66, 154, 222
Campos, Álvaro de, 29
Canto, Estela, 251-253
Capote, Truman, 140
Castilla del Pino, Carlos, 69, 70, 72
Cebrián, Juan Luis, 285
Cernuda, Luis, 238

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Cervantes Saavedra, Miguel de, 60, 71, 112, 147, 169, 171, 188, 232, 276, 296, 300, 304
- Chambers, Aidan, 66-69, 71, 73-75, 77, 80, 81, 85, 87, 97
- Chamfort, Nicolás de, 233
- Chaplin, Charles, 52
- Chateaubriand, François-René, vizconde de, 23
- 326 Chaucer, Geoffrey, 60, 300
- Chéjov, Antón, 188, 290
- Chomsky, Noam, 46, 71, 72, 88, 267, 297
- Chopin, Frédéric, 193
- Churchill, Winston, 240
- Cicerón, Marco Tulio, 141, 145
- Claudél, Paul, 294
- Cocteau, Jean, 89-91, 94
- Coelho, Paulo, 287
- Cohen, Sandro, 34
- Comte-Sponville, André, 36, 37, 39, 98, 118, 194, 195, 202, 209, 214, 215, 267, 284, 295
- Cortázar, Julio, 91
- Dalí, Salvador, 255
- Dante Alighieri, 60, 112, 188, 300
- Darder, Pere, 155
- Darío, Rubén, 176
- Derrida, Jacques, 302
- Descartes, René, 141, 145
- Díaz Mirón, Salvador, 176, 250
- Dickens, Charles, 239
- Dostoievski, Fiodor Mijáilovich, 97, 198, 241, 243, 296
- Duras, Marguerite, 263
- Eco, Umberto, 14, 15, 302
- Éluard, Paul, 86
- Engels, Friedrich, 72, 121
- Enzensberger, Hans Magnus, 32
- Epicuro, 125, 214, 215
- Estañol, Bruno, 54, 155, 247
- Evtushenko, Evgueni, 268, 303
- Fadiman, Clifton, 261
- Faulkner, William, 235, 236, 277
- Ferrater Mora, José, 38, 162
- Fisas, Carlos, 141
- Flaubert, Gustave, 140, 188, 241
- Foucault, Michel, 109, 145, 297
- Fourier, Charles, 154, 302
- Frank, Ana, 118, 248
- Frankfurt, Harry G., 139
- Freire, Paulo, 78
- Freud, Sigmund, 163, 164, 245
- Frost, Robert, 191, 192, 196
- Fuentes Mares, José, 307
- García Jiménez, Salvador, 82, 133-136, 151, 163, 164
- García Lorca, Federico, 176
- García Márquez, Gabriel, 75-77, 83, 84, 86, 87, 90, 91, 137, 138, 174, 220
- Garibay, Ricardo, 31, 170, 171
- Gautier, Théophile, 181
- Gelman, Juan, 134
- Gimferrer, Pere, 86
- Glucksmann, André, 141, 142
- Goebbels, Paul Joseph, 287
- Goering, Hermann, 275, 277
- Goethe, Johann Wolfgang von, 58, 59, 122, 164, 188, 249, 276, 285, 304
- Gógol, Nikolái, 243
- Gombrowicz, Witold, 237, 245
- Gómez de Silva, Guido, 9, 21, 268
- Góngora, Luis de, 169
- González Bermejo, Ernesto, 91
- Goodman, Paul, 160, 172, 267

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Grass, Günter, 282
 Guillén, Jorge, 250
 Gutenberg, Johannes, 47, 239, 261, 285
 Hazlitt, William, 50
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 263
 Heidegger, Martin, 79
 Herrera y Reissig, Julio, 278
 Hitler, Adolf, 9, 122, 275, 293
 Hobbes, Thomas, 141
 Holiday, Billie, 193
 Homero, 60, 128, 170, 188, 225, 276, 296, 300
 Huxley, Aldous, 120
 Huxley, Thomas Henry, 254, 255
 Ibarigüengoitia, Jorge, 132
 Ibsen, Henrik, 44
 Illich, Ivan, 105, 106, 129, 130, 131, 166, 169, 175-177, 267
 Isaías, 59
 Jacquard, Albert, 212, 291, 294
 Jan Mohammed, Abdul, 289
 Jesucristo, 194
 Jiménez, José Alfredo, 51-54
 Jiménez, Juan Ramón, 263
 Jiménez Rubio, Francisco Javier, 38
 Johnson, Samuel, 288
 Joubert, Joseph, 189
 Joyce, James, 249, 255, 263, 277, 303
 Junceda, Luis, 19
 Kafka, Franz, 138, 198, 224, 225, 303
 Kant, Immanuel, 127
 Kleist, Heinrich von, 57, 116, 242, 263
 Kraus, Arnaldo, 44
 Kundera, Milan, 65
 Lamartine, Alphonse de, 23
 Lannon, Richard, 57, 94, 96
 Lao Tse, 56
 Larrosa, Jorge, 78-81, 98, 107, 108, 114, 197, 203
 Le Clézio, Jean-Marie Gustave, 263
 Lévi-Strauss, Claude, 89
 Lewis, Clive Staples, 202 327
 Lewis, Thomas, 14, 57, 94, 96
 Lichtenberg, Georg Christoph, 47, 234, 235, 246, 282
 Longfellow, Henry Wadsworth, 261, 265, 286
 Longino, 236
 Lope de Vega, Félix, 170
 Machado, Antonio, 101, 156, 176, 234, 235, 277, 283
 Maeterlinck, Maurice, 240
 Mailer, Norman, 195
 Malraux, André, 302
 Manguel, Alberto, 295
 Mannheim, Karl, 143, 144, 154
 Manrique, Jorge, 305
 Maquiavelo, Nicolás, 188, 224
 Marx, Groucho, 288
 Marx, Karl, 121, 199, 201
 Matthews, Gareth B., 85, 87
 Maupassant, Guy de, 188
 Maurois, André, 18, 19, 34, 50, 182
 McLuhan, Herbert Marshall, 197
 Mejía Sánchez, Ernesto, 18
 Michelet, Jules, 128, 130
 Mill, John Stuart, 127, 282, 287
 Millás, Juan José, 111, 112
 Miller, Henry, 258

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Minou Drouet, 89-92, 94
 Modigliani, Amedeo Clemente, 193
 Moliner, María, 19, 21
 Montaigne, Michel de, 14, 46, 49, 77, 113, 147, 155, 188, 208, 209, 261, 284, 295
 Monterroso, Augusto, 48, 241-243
328 Morin, Edgar, 57, 146
 Mozart, Wolfgang Amadeus, 55, 95, 193, 209, 210
 Muchnik, Mario, 223, 224
 Musil, Robert, 223
 Nabokov, Vladimir, 134, 136
 Neruda, Pablo, 37, 259, 277
 Nervo, Amado, 176
 Nietzsche, Friedrich, 37, 49, 56, 209
 Nin, Anaïs, 208, 262
 O'Connor, Flannery, 75
 Onetti, Juan Carlos, 241
 Ortega y Gasset, José, 26-28, 39, 47-49, 141
 Orwell, George, 120
 Ospina, William, 148, 149
 Ovidio Nasón, Publio, 296
 Pacheco, Coelho, 29
 Pacheco, José Emilio, 225, 271
 Pascal, Blaise, 31, 46, 284
 Pauls, Alan, 249
 Paz, Octavio, 48, 86, 87, 89, 191, 196, 308
 Pennac, Daniel, 63-67, 75, 77, 80, 81, 95, 98, 99, 223, 229, 290
 Pérez Cortés, Sergio, 73
 Pérez-Reverte, Arturo, 48, 276
 Pessoa, Fernando, 22-25, 29, 35, 194
 Petit, Michèle, 257-260, 262-265
 Petrucci, Armando, 221
 Peza, Juan de Dios, 176
 Platón, 46, 47, 49, 55, 59, 188, 193, 261, 262, 303
 Popper, Karl Raimund, 142
 Porchia, Antonio, 43, 44, 122, 283
 Pound, Ezra, 188, 230-232, 236
 Propercio, Sexto Aurelio, 188
 Proust, Marcel, 198, 263
 Pushkin, Aleksandr Sergéyevich, 243
 Quevedo, Francisco de, 179, 188
 Rabelais, François, 60, 300
 Reis, Ricardo, 29
 Rexroth, Kenneth, 245
 Rilke, Rainer Maria, 58, 59, 263, 285
 Rimbaud, Arthur, 95, 196, 238, 239
 Rodari, Gianni, 101, 229, 230
 Rodríguez Monegal, Emir, 250
 Rosenblatt, Louise Marie, 136
 Rousseau, Jean-Jacques, 76, 77, 128, 195, 215, 218
 Rowling, Joanne Kathleen, 276
 Russell, Bertrand, 13, 166
 Russell, Willy, 82
 Sabato, Ernesto, 146, 149, 153, 236, 244, 261, 285, 306
 Sacks, Oliver Wolf, 30
 Said, Edward Wadie, 267
 Saint-Exupéry, Antoine de, 192, 200, 211, 263
 Sainte-Beuve, Charles-Augustin, 210, 211
 San Agustín, 141
 Santos Chocano, José, 176

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Saramago, José, 112
- Savater, Fernando, 15, 16, 37, 55, 64, 65, 87-89, 100, 110, 115, 119, 120, 123, 124, 128, 130, 156, 221, 277, 285
- Schopenhauer, Arthur, 52, 53, 253, 298
- Séneca, Lucio Anneo, 22, 23, 145, 146
- Shakespeare, William, 55, 60, 111, 112, 188, 242, 249, 296, 300, 304
- Soares, Bernardo, 29
- Sócrates, 45-47, 50, 56, 145, 146, 152, 183, 193, 261
- Sófocles, 128, 188
- Sollers, Philippe, 302
- Solzhenitsyn, Alexandr, 299
- Stalin, Joseph, 9
- Steiner, George, 58, 59, 198, 267, 285
- Stendhal, Henri Beyle, 39, 188, 210, 243
- Sterne, Laurence, 242
- Stevenson, Robert Louis, 37, 263, 277
- Stradivari, Antonio, 193
- Styron, William, 302
- Sun Tzu, 144
- Swift, Jonathan, 242
- Taibo I, Paco Ignacio, 277
- Tamayo, Franz, 84, 85, 179-183, 187, 276, 278
- Tejada Gómez, Armando, 17
- Tellado, Corín, 305
- Teócrito, 128
- Thoreau, Henry David, 288
- Tolkien, John R. Reuel, 276
- Tolstoi, Lev Nikoláyevich, 56, 119, 188, 243, 296
- Torres, Eduardo, 242
- Tu Fu, 245
- Twain, Mark, 188, 242
- Unamuno, Miguel de, 38, 40, 82, 217
- Vaneigem, Raoul, 156, 166, 306 329
- Vargas Llosa, Mario, 198, 227, 244, 245, 278
- Vázquez, María Esther, 250
- Verlaine, Paul, 196, 235, 238, 239
- Verne, Julio, 112, 236
- Vila-Matas, Enrique, 37
- Vizinczey, Stephen, 30, 96, 131, 150, 205, 210, 214, 215, 227, 233, 242, 243, 267, 298, 299, 301, 302, 308
- Voltaire, François Marie Arouet, 278
- Weber, Max, 231
- Wilde, Oscar, 25, 132, 158, 188, 189, 204, 218
- Woolf, Virginia, 288
- Wordsworth, William, 93
- Yépez, Heriberto, 164, 165
- Yourcenar, Marguerite, 276
- Zaid, Gabriel, 24, 44, 79-81, 126, 160, 183, 188, 218, 223, 224, 234, 243, 267-273, 293, 306
- Zambra, Alejandro, 35-37
- Zamiatin, Eugenio, 120
- Zuleta, Estanislao, 46, 148, 149

ÍNDICE

<i>Prólogo. El placer de leer y las utopías lectoras</i> en el siglo XXI	9
---	---

PRIMERA PARTE LECTURA Y EDUCACIÓN

1. Lectura, ciudadanía y educación	43
2. La pedagogía de la lectura	63
3. ¡Peligro, niños trabajando!	75
4. La lectura desescolarizada: del ideal a la falsa utopía	103
5. La lectura posible en la escuela «imposible»	131
6. La promoción de la lectura en la escuela	157

SEGUNDA PARTE LA LIBERTAD Y EL DIÁLOGO CON LOS LIBROS

7. El provecho de leer, la imperfección de vivir	187
8. La importancia de leer sin imposiciones	217
9. El escritor como lector	233
10. Vida de Jorge Luis Borges en una larga cita ...	247
11. La autobiografía lectora de Michèle Petit	257
12. Gabriel Zaid y el diálogo con los libros	267

<i>Epílogo en dos tiempos. El derecho de leer y algunas</i> reiteraciones necesarias	275
Bibliografía	309
Índice onomástico	325

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2009.

*Si los libros y el amor
a los libros no nos sirven
para ser más humanos
y para amar y
comprender mejor
la vida, entonces,
no sirven para mucho.*

Juan Domingo Argüelles



Señales En la misma colección

«Internet ha creado una nueva burocracia.» Carlos Eymar explora la doble condición de los funcionarios poetas, aquellos escritores que, reconciliados o no con su destino, no renuncian a sus sueños estéticos. «Las obras de Kafka o Pessoa, al igual que películas de culto como *Matrix* o *Brazil*, ejemplifican la guerra contra la burocracia o el control tecnológico de la Red emprendida por hombres aislados o escindidos.»



«La metrópoli es un territorio, caótico y babélico, que reposa en la emergencia de nuevos ricones, túneles, puentes, callejones llenos de basura, estaciones de autobuses, espacios interiores, cafeterías compartimentadas, archivos policiales o carreteras sin rumbo.» Mauricio Montiel recupera la *flânerie* baudelairana y nos traslada a los nuevos paisajes urbanos del cambio de milenio para definir algunas de las características fundamentales de la cultura moderna surgidas al calor de la gran ciudad.



Para más información visítanos en www.forcolaediciones.com